

Cuentan las leyendas que, en la época en que los seres fabulosos poblaban la tierra, vivía en Grecia un joven llamado Orfeo, que solía entonar hermosos cantos acompañado por su lira. Su música era tan hermosa que, cuando sonaba, las fieras del bosque se acercaban a lamerle los pies y las aguas de los ríos se desviaban de su cauce para poder escucharla.

Un día en que Orfeo se encontraba en el bosque tañendo su lira, descubrió entre las ramas de un arbusto a una joven ninfa que, medio oculta, escuchaba embelesada. Orfeo dejó a un lado su lira y se acercó a contemplar a aquel ser cuya hermosura y discreción no eran igualadas por ningún otro.

- Hermosa ninfa -dijo Orfeo-, si mi música es de tu agrado, abandona tu escondite y acércate a escucharla.

La ninfa, llamada Eurídice, dudó unos segundos, pero finalmente se sentó junto a Orfeo. Entonces, éste compuso la más bella canción de amor que se había oído y pocos días después se celebraron en aquel lugar sus bodas.



La felicidad y el amor llenaron los días de la joven pareja. Pero los hados vinieron a cruzarse en su camino. Y una mañana en que Eurídice paseaba por un verde prado, una serpiente vino a morder el talón de la ninfa depositando en él la semilla de la muerte y Eurídice falleció.

Al enterarse de la defunción de su amada, Orfeo cayó presa de la desesperación. Lleno de dolor decidió descender a las profundidades infernales para suplicar que permitieran a Eurídice volver a la vida.

Aunque el camino a los infiernos era largo y dificultoso, consiguió llegar hasta el borde de la laguna Estigia, cuyas aguas separan el reino de la luz del reino de las tinieblas. Allí entonó un canto tan triste y melodioso que conmovió al mismísimo Carón, el barquero encargado de transportar las almas de los difuntos hasta la otra orilla de la laguna.

Orfeo atravesó en la barca de Carón las aguas que ningún ser vivo puede cruzar. Y una vez en el reino de las tinieblas, se presentó ante Plutón, dios de las profundidades infernales y, acompañado de su lira, pronunció estas palabras:

- ¡Oh, señor de las tinieblas! Estoy en vuestros dominios para suplicaros que resucitéis a mi esposa Eurídice y me permitáis llevarla conmigo. Yo os prometo que cuando nuestra vida termine, volveremos para siempre a este lugar.

